



www.loqueleo.com

El puente de la Soledad

© 2009, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-55-1

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla.

Primera edición en Alfaguara Juvenil Colombia: octubre de 2012

Primera edición en Loqueleo Colombia: mayo de 2016

Segunda reimpresión en Loqueleo Colombia: febrero de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El puente de la Soledad

María Fernanda Heredia

loquele_o

*A Alonso, Marcela, Patricia, Verónica y Daniela...
con quienes descubrí el mundo en un Mini Austin rojo.*

*A Juan José, Luis Miguel, Manuela y Juan Xavier...
mis copilotos en la parte más dulce del viaje.*

La mitad del camino

Era un puente muy viejo y angosto en medio de la carretera. Por su aspecto daba la impresión de que no resistiría demasiado peso. Su longitud no sobrepasaba los 20 metros y el destartalado rótulo ubicado a una distancia muy prudente dejaba claro el mensaje en cuanto a su estrechez y fragilidad:

9



*Puente de la Soledad
Pasa solo un vehículo a la vez*

Para completar los datos, algún conductor travieso había añadido con su puño y letra en la parte inferior del rótulo la siguiente información:

Si sabe rezar, hágalo ahora.

Cuando Paula se bajó del auto eran casi las dos de la mañana y la única luz cercana era la de la luna llena. Caminó hasta el puente, se aproximó a la baranda y miró hacia abajo.

—¿Ves algo? —le pregunté desde la ventanilla del auto.

—Nada, está muy oscuro.

—¿Hay un río o algo así?

—No lo creo. No hay ruido de agua.

—¿Qué opinas... seguimos o nos regresamos?

—¡Qué pregunta! —dijo ella—. ¡Seguimos!

Cuando escuchaba a otras personas hablar sobre sus divertidas y alocadas anécdotas de la adolescencia, yo me sentía como si fuera un *alien*. En la libreta en la que apuntaba el *top ten* de “experiencias superapasionantes” que me habían cambiado la vida, el primer lugar (invicto) lo ocupaba: la ocasión en que aprendí a rizarme las pestañas con una cuchara.

11

Efectivamente... A mis quince años no me había ocurrido ni la décima parte de lo que le había pasado a una persona normal de mi edad. Hasta un maniquí tenía una vida más activa que la mía. Mi mamá lo justificaba diciendo:

—¿Para qué quieres vivir como esas locas, atolondradas e irresponsables de tus amigas?

Bueno, es que mi mamá siempre ha sido un poco exagerada y me protege como si fuera su única hija... porque soy su única hija.

Mi personalidad no me ha ayudado para lanzarme a cometer alguna locura; de hecho siempre he estado del lado de las miedosas. Paula dice que el mundo juega a favor de los valientes y quizá de ahí viene mi mala pata, porque lo que está claro es que yo no he traído de fábrica todos los extras de osadía con que los adolescentes se mueven por la vida.

Por ejemplo... sé que todos mis compañeros están genéticamente preparados para recibir o enviar discretamente un papelito en mitad de la clase sin que eso suponga demasiado riesgo. Tengo compañeros expertos que, ante el temor de ser pillados por los maestros, se han tragado, literalmente, el papelito, como si nada. Pasará a la historia mi amigo Nicolás que, ante el llamado de atención del profesor de Dibujo Técnico, se asustó tanto que se tragó el papel que acababa de llegar a sus manos, sin darse cuenta de que en su interior llevaba una gruesa pulsera que Cristina le había prestado a Diana para que la usara en una fiesta. Nicolás prometió devolver la joya tan pronto la viera salir... pero Cristina le dijo que se quedara tranquilo, que ella prefería darla por perdida.

Yo soy un desastre para los mensajitos en la clase, soy la excepción que confirma la regla. Cada vez que envío o recibo un papel se me sube el color a los cachetes, tiemblo, transpiro y me muevo erráticamente en la banca.

Aquella ocasión el mensaje me llegó en la mitad de la clase de Física, con el profesor Guerra, que es un ser tan amable y sensible como un cocodrilo. El papel doblado circuló por el correo habitual: Paula se lo entregó a Daniel, él se lo pasó a Diana, Diana, a Quique y Quique, a mí. Yo traté de disimular, puse cara de “por favor, profesor, continúe con su muy interesante intervención sobre la hidrostática y la hidrodinámica”, pero él detuvo su discurso, la clase quedó en silencio y yo sentí que me derretía en la banca.

—¿Qué tiene en la mano, señorita Aguilar?

—Nada, profesor.

—¿Podría abrir el puño para que todos lo comprobáramos?

Yo tenía el puño tan cerrado que sentía las uñas clavadas en la palma de la mano. El papel, arrugado en el interior, seguro estaría mojado por mi sudor. Lo peor de todo era que yo no había tenido tiempo para abrirlo, no sabía qué rayos había escrito Paula ahí. Conociéndola, el mensaje podría decir desde: “Qué lindo clima”, hasta: “¿Te has fijado en que al profesor Guerra se le terminó el champú anticaspa?”.

Volteé a mirarla confiando en que ella, consciente de su responsabilidad, sería mi cómplice y accedería a acompañarme a la silla eléctrica, pero qué va... Paula se miraba las uñas como si en ellas fuera a encontrar las respuestas más importantes de la vida.

—¡Abra su mano! —insistió Guerra con los ojos desbordados de rabia—. Si no lo hace, me veré obligado a llamar a las autoridades del colegio.

Yo sabía que el feroz profesor no se detendría ante nada. No en vano era conocido por sus alumnos y exalumnos como el Lobo Guerra. Su aspecto, excesivamente peludo (hasta en las orejas), lo hacía lucir como un ser intimidante; pero, además, su carácter lo había convertido en el personaje más temido del colegio. No solo huían de él los estudiantes, sino también sus colegas. Las historias que se escuchaban en los pasillos decían que era inmisericorde con sus alumnos, con los demás profesores y con quien se cruzara por su camino. Su fama perversa lo acompañaba como una sombra.

Vencida en el paredón ante la exigencia del profesor, abrí la mano.

—¿Quién se lo envió?

—Nadie, profesor, yo lo escribí y estaba a punto de pasárselo a una amiga.

Esa era la norma. No delatar a los amigos era algo que hasta el más canalla debía respetar en la clase, porque de lo contrario tendría que aprender a vivir con el rótulo de “so-plón” de por vida.

—Muy bien, señorita Aguilar, despliegue el papel y léalo en voz alta. Estoy seguro de que todos queremos conocer qué es eso tan importante que usted quería compartir con alguien de la clase.

14 Abrí el papel, leí en silencio lo que ahí decía y tomé una decisión:

—No creo que sea buena idea. Preferiría no hacerlo.

—¡Que lo lea, he dicho! ¿Entiende lo que es una orden o prefiere que se lo dibuje en la pizarra?

Tomé aire, hice acopio de todas mis fuerzas y entonces leí con ritmo entrecortado y nervioso:

—Aquí dice: “Me... Me... duele la la... muela”.

La clase entera rio al escuchar el mensaje mientras que Guerra me lanzó una mirada irónica y de desprecio para luego añadir:

—Bueno, señorita Aguilar, debo pedirle disculpas porque pensé que ese papel contenía una información sin importancia, pero, por lo que usted ha leído, evidentemente se trata de un mensaje de vida o muerte, que no puede esperar. Un dolor de muela es motivo suficiente para interrumpir una clase. Es más... deberíamos suspender las actividades por este día y a lo largo de la semana.

La clase entera se reía de mí. Guerra quería darme una lección y todos conocíamos qué era lo que estaba buscando. Pretendía humillarme y asustarme para que yo le pidiera disculpas delante de todos, para que le suplicara que no me

delatara con la directora. Le encantaba saberse poderoso, se sentía feliz de mirarnos por encima de su hombro.

—Si me permite, señorita Aguilar, y por tratarse de un problema tan grave, quisiera que la directora del colegio estuviera al tanto de su dolor de muela. Si usted está de acuerdo, me gustaría llamarla para que ella tenga conocimiento de que, mientras yo estaba intentando dictar mi clase, usted la interrumpió con tan importante revelación.

Para poder describir a la directora del colegio habría que poner los siguientes ingredientes en una licuadora:

15

- Una madrastra malvada de cuento de hadas
- Un bote de vaselina para la cara
- 10 uñas postizas con decoración de brillos
- Un traje color café
- Una cucharada de vinagre
- Un bigote

Quizá me equivoco, pero creo que, a lo largo de mi vida, me he encontrado con ella en más de alguna pesadilla monstruosa.

Cuando el profesor Guerra me amenazó con llamar a la directora, me estaba presionando para que le pidiera, le rogara, que me disculpara, así es que no quise esperar más.

—Le pido disculpas, profesor. No debí escribir ese mensaje.

—No la he escuchado claramente. ¿Podría repetirlo en voz alta?

—¡Que le pido disculpas, profesor!

—¡Más alto! ¡Mucho más alto! ¡Quiero que la escuche todo el colegio!